

La tradición de animales fantásticos y monstruos en la literatura medieval española

ANTONIO GARROSA RESINA
Universidad de Valladolid.

Entre los abundantes tópicos o lugares comunes que encontramos en toda la producción literaria de la Edad Media europea, destaca, por su insistencia reiterada, el relativo a la aparición de animales fabulosos, casi siempre de grandes proporciones, con los que han de enfrentarse los héroes caballerescos, en aventuras llenas de peligro, con las que ponen a prueba su esfuerzo y valentía.

Por lo que respecta a la literatura medieval española, este tipo de lances no es tan abundante como en los relatos célticos medievales de origen francés o inglés, correspondientes al ciclo artúrico y a otros similares¹. Pero también nos ofrece algunos ejemplos de interés en los que nos vamos a detener, para considerar su importancia y las circunstancias en que se presentan. Su existencia es una buena prueba de la comunidad temática que, también en este aspecto particular, se dio entre la literatura peninsular y la que se cultivaba en el occidente europeo durante el Medioevo.

Las noticias literarias españolas sobre animales fantásticos fueron propiciadas en aquella época por el notable influjo de las historias mitológicas y por razones de índole religiosa. Los grandes animales son, con frecuencia, motivo inspirador de milagros estupendos protagonizados por los santos, que se enfrentan a ellos y los vencen con la fuerza de su virtud, liberando a las gentes sencillas del peligro representado por estos seres monstruosos. A menudo la aparición de animales fantásticos o extraños está relacionada con el demonio, que en algunos casos

¹ Piénsese en los numerosos combates con grandes serpientes, dragones y otros animales monstruosos, que protagonizan personajes como Perceval, Tristán, Gawain, Yvain y otros esforzados caballeros de la corte del rey Arturo que aparecen en la obra de Geoffrey de Monmouth y en las novelas caballerescas de Béroul, Chrétien de Troyes, Renaut de Beaujeu y otros escritores medievales.

los origina, o se sirve de ellos como instrumento para tentar a los hombres, o se introduce en su cuerpo sometiénolos a la posesión diabólica, con lo que se hace mucho más temible su condición. También, aunque en número bastante más reducido, tenemos noticias de animales fabulosos de origen marino que llenan de temor a los navegantes.

En las páginas siguientes iremos comentando las manifestaciones más llamativas de cada uno de los diferentes casos apuntados.

LA FANTASÍA MITOLÓGICA

El mundo fabuloso de la mitología clásica, con su abigarrada multitud de dioses, héroes e historias sobrenaturales, fue bien conocido en la Europa medieval, tanto de modo directo como a través de las recreaciones literarias de Ovidio y otros escritores latinos. Los animales fantásticos (dragones, esfinges o temibles puercos salvajes) que intervienen frecuentemente en las leyendas mitológicas, tuvieron así una amplia repercusión en la literatura europea y, naturalmente, también en la española. Unas veces porque estas leyendas aparecen recogidas de forma directa por diversos autores, desde historiadores como el Rey Sabio, hasta tratadistas como don Enrique de Aragón, o poetas como Juan de Mena y el Marqués de Santillana. En otras ocasiones estas historias mitológicas sirven como motivo inspirador para la creación literaria de animales monstruosos similares.

Numerosas son las veces que nuestra literatura medieval menciona a los más conocidos de estos seres imaginarios. Así el «Can Cerbero», el temible perro de las tres cabezas que custodia las puertas del Hades al final de la laguna Estigia, lo encontramos en la *General Estoria* (Jueces, 105, p. 225)² de don Alfonso el Sabio, en *Los doze trabajos de Hércules* (V, p. 49)³ del Marqués de Villena, en el poema de *La Coronación* de Juan de Mena con sus comentarios en prosa⁴ y en el mismo Juan de

² *General Estoria*, 1ª Parte (libros del «Pentateuco»), ed. de Antonio García Solalinde (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1930) y 2ª Parte (libros de *Josué*, *Jueces* y *Reyes*, distribuidos en los tomos I y II), ed. de Antonio García Solalinde, Lloyd A. Kasten y Víctor R. B. Oelschläger (Madrid, CSIC, 1957 y 1961). La notación remite en cada caso al libro bíblico correspondiente, indicando el capítulo y la página donde se encuentra el texto citado.

³ *Los doze trabajos de Hércules*, ed. de Margherita Morreale (Madrid, Real Academia Española, 1958). La notación remite al capítulo y página donde aparece la cita.

⁴ Seguimos la edición sevillana de Jacobo Cromberger Alemán, del año 1512, uno de cuyos ejemplares se conserva en la Biblioteca Universitaria del Colegio

Mena, cuando la maga de Valladolid conjura a los dioses infernales, para que algún espíritu le hable a través del cadáver insepulto y le dé a conocer lo que le interesa saber sobre el futuro de don Alvaro de Luna:

Dale salida, velloso Cerbero,
por la tu triste trifauce garganta⁵.

De la Medusa Gorgona, que convertía en estatua de piedra a quien alcanzaba con su mirada, nos habla la *General Estoria*, en cuyas páginas leemos que el héroe Perseo consiguió cortarle la cabeza, protegiéndose con un escudo a través del cual podía ver sin dificultad, al tiempo que le hacía invisible a su oponente. De una gota de sangre que cae de la cabeza cercenada de Medusa nacería el caballo alado Pegaso (Jueces, 162, pp. 276-277). Poco más adelante encontramos la historia del Minotauro, ser monstruoso nacido de la unión carnal entre la reina Pasiphe y un toro, que fue encerrado, por orden del agraviado rey Minos de Creta, en el interior del Laberinto que mandó construir al ingenioso carpintero Dédalo. El héroe Teseo dará muerte a esta criatura abominable, que devoraba a todos los hombres y animales lanzados al Laberinto (Jueces, 352 a 354, pp. 416-19).

Otros pasajes en los que aparecen animales fabulosos, como dragones, leones y grandes serpientes, son los dedicados a narrar el episodio de la conquista por Jasón del Vellocino de Oro, que se veneraba en el templo de la isla de Colcos, protegido por todos estos animales y por fuertes encantamientos. El relato se encuentra en la *General Estoria* (Jueces, 452, p. 58) y en las *Sumas de Historia Troyana* de Leomarte (XIX, p. 90)⁶, donde se menciona expresamente a los dos terribles dragones llamados Aspido y Basilisco.

En el capítulo de estos seres fabulosos debemos citar también a los centauros, que aparecen en numerosas ocasiones dentro de las obras de temática mitológica. De modo particular destaca el llamado Sagitario, el guerrero de esta misma constitución (mitad hombre y mitad caballo) que siembra el pánico

de Santa Cruz de Valladolid. La mención del Can Cerbero en esta obra se encuentra en la copla VIII, fol. 8v.

⁵ *El Laberinto de Fortuna*, estr. 248ab; ed. de L. Vasvari (Madrid, Alhambra, 1976). En ésta y en todas las demás citas que hagamos de las obras medievales, salvo que expresamente se indique lo contrario, respetaremos la ortografía antigua que aparece en la edición utilizada en cada caso.

⁶ *Sumas de Historia Troyana*, ed. de Agapito Rey, Anejo XV de la RFE (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1932). La notación remite al capítulo (o título, según la nomenclatura que se utiliza en la obra) y a la página correspondiente a la cita o referencia.

en las filas de los griegos durante la guerra de Troya. Dos textos medievales incluyen este episodio con variantes de interés. La anónima *Historia troyana en prosa y verso*, después de contar cómo el Sagitario ayuda a los troyanos y causa una gran destrucción entre los griegos, de los que mató a «bien dos mill caualleros muy buenos» antes de ser muerto por Diomedes, explica que esta criatura no tenía nada de sobrenatural, pues tan sólo era un hombre de larguissimos cabellos y barbas, que se ataba con unas correas de cuero al caballo, montando sin silla ni aparejo alguno⁷. Por su parte Leomarte, en las *Sumas de Historia Troyana* (CIVb, p. 195), recoge este mismo suceso, aunque sin darle ninguna explicación racional, antes al contrario, aumentando la irrealidad del personaje con detalles accesorios, al referir que este Sagitario era

«del onbligo al fondón todo fechura de cauallo. E era tan ligero e tan corredor que non ha cosa quel fuyese nin otra quel alcançase. E del onbligo arriba en el cuerpo e en los braços e en el rostro todo auía fechura de omne ... tan desapuesto que esto sería una grand maravilla de contar, ca non andaua él vestido mas todo era cabelludo commo bestia. La faz dél era bermeja commo fuego, e los cabellos luzían así quel semejauan que ardían, en guisa que a tres leuas le podía omne deuisar por la noche escura».

Por su constitución básicamente humana hay otros seres, los gigantes, que tienen alguna relación con los centauros y que también aparecen con frecuencia en la literatura medieval. El más notable de todos ellos es el enorme Gormagoc, con el que se encuentra la expedición del troyano-latino Bruto al llegar a Britania, la isla «en otro tienpo poblada de gigantes», a donde se dirige siguiendo el consejo que le ha dado en sueños la diosa Diana, tal como nos informa la *General Estoria*. El fiel Corinea, caudillo amigo de Bruto, será quien se enfrente cuerpo a cuerpo con el gigantesco Gormagoc, al que dará muerte despeñándolo desde una alta roca al mar. Habiéndose destrozado en su caída por el acantilado, tanta fue la sangre que salió de su cuerpo, «que tinxó allí una grand plaça del agua de la mar» (I Reyes, 73, p. 279)⁸. Igualmente hemos de citar aquí al mítico

⁷ *Historia troyana en prosa y verso*, o *Historia troyana polimétrica*, ed. de Ramón Menéndez Pidal en el tomo XII de sus *Obras Completas*. Textos Medievales Españoles (Madrid, Espasa-Calpe, 1976) pp. 223-403. Las noticias sobre el Sagitario ocupan las pp. 317-18.

⁸ Este episodio del gigante Gormagoc, que de forma simplificada nos narran también las *Sumas de Historia Troyana* (tít. CXXXIII y siguientes, pp. 336-37), es el mismo que encontramos en la obra latina del siglo XII escrita por Geoffrey de Monmouth, *Historia regum Britanniae*, que quizá le sirviera aquí de fuente directa al equipo del Rey Sabio. Véase la edición castellana de esta obra, *Historia*

pastor Argos, que nunca dormía por tener en su cabeza un total de cien ojos, por lo que la diosa Juno le encargó de vigilar permanentemente a Io, la amada de Júpiter (*General Estoria*, libro VI, 23, p. 159).

Dentro del análisis que estamos realizando, tiene un enorme interés para nosotros el relato mitológico de los legendarios trabajos de Hércules, que encontramos en varias obras medievales castellanas: *Primera Crónica General* (cap. 4, p. 8)⁹ y la *General Estoria* (Jueces, caps. 398 al 422, pp. 6-34) del Rey Sabio; las *Sumas de Historia Troyana* (Tít. XXXIV al XLIX, pp. 114-37) de Leomarte, y la obra del Marqués de Villena que se titula precisamente *Los doze trabajos de Hércules*. El elenco de estas empresas o trabajos varía en cuanto a su orden y asunto de una a otra de las obras mencionadas, donde encontramos noticias de la lucha contra los centauros (entre ellos el famoso Neso, cuya sangre ocasionará al final la muerte del héroe), contra el gigantesco león de la selva Nemea, contra las harpías, contra toros salvajes, o contra el furioso dragón que, en permanente vigilancia, custodiaba las manzanas de oro del rey Atalante en el huerto de las doncellas Hespérides.

Más espectacular y peligrosa resulta la lucha de Hércules contra la hidra o serpiente de Lerne, monstruo acuático de múltiples cabezas, por las que lanzaba llamas y corrompía el aire en su entorno, matando a todos los que se acercaban al lago donde vivía. El mayor peligro de la fiera radicaba en la virtud sorprendente de que, por cada cabeza que le cortaban, le brotaban inmediatamente otras varias, en número que varía con cada uno de los textos que narran el episodio, acerca del cual también se habla de modo indirecto en el *Libro de Alexandre*:

Cuentan los actoristas, que dizen muchas befas,
que fue una serpiente que havié siete cabeças;
quando le tollién una siet le naçién espesas,
semeja que es esto las nuevas mesmas essas¹⁰.

Pero quizá la más importante de todas las empresas de Hércules —al menos desde el particular punto de vista que ahora tratamos— sea el singular combate del héroe contra el

de los reyes de Britania, traducida por Luis Alberto de Cuenca (Madrid, Siruela, 1984) pp. 15-23.

⁹ *Primera Crónica General*, ed. de Ramón Menéndez Pidal (Madrid, Gredos, 1955) 2 vols. Las referencias a esta obra remiten siempre al capítulo y a la página correspondiente.

¹⁰ *Libro de Alexandre*, estr. 1197; ed. de Jesús Cañas Murillo (Madrid, Editora Nacional, 1978).

terrible puerco montés de Arcadia o de Calidón, enviado contra los habitantes de esta región por la diosa Diana, a quien habían enojado con su conducta. La *Primera Crónica General* (4, p. 8), la *General Estoria* (Jueces, 398, p. 6) y las *Sumas de Historia Troyana* (XXXIV, pp. 114-15) mencionan este trabajo como el primero de los doce que Hércules ha de superar, en tanto que el Marqués de Villena lo sitúa en su obra en el penúltimo lugar (XI, pp. 110-12). También refiere el episodio Juan de Mena en el poema de *La Coronación* (estr. VII, folios 7r y 7v), donde califica al animal de «vestiglo encantado», porque, efectivamente, la diosa Diana lo había suscitado sirviéndose de sus artes mágicas.

Las diferentes versiones no se ponen muy de acuerdo en el papel desempeñado por Hércules en esta lucha contra el jabalí de Arcadia, y la misma *General Estoria*, tan sólo unas páginas antes, habla de una descomunal batida que se organizó contra este terrible monstruo, en cuya muerte, además de Hércules, participó también el héroe ateniense Teseo, con el esforzado Meleagro y su amada Atalanta (Jueces, 376, p. 439). Y es precisamente en este pasaje de la *General Estoria* (dentro del ámbito mitológico que estamos revisando en nuestra literatura medieval), donde se dan todos los caracteres de fantasía espectacular que luego veremos en otros episodios similares, al describir la fisonomía y la potencia destructora del monstruoso animal:

«Et departe ell autor de cuál era aquel puerco, e diz que podrie seer de cuerpo tamanno commo un toro guisado, e los oios tan uermeios commo sangre e reluzientes commo fuego, et el pescueço gordo e yerto e lleno de sedas tan grandes como unos astiles, et las del espinazo altas e gordas e derechas commo palos de paliza; et todo lo al del cuerpo fecho a esta manera segunt la su guisa. Et saliele la espuma tanta della quel enllenaua toda la boca yl corrie por los braços. Los dientes auie tamannos como son los de los elefantes de India, et los colmiellos grandes en esta guisa. Et era el so respiramiento tal que ardié commo llamas, e quemaua las foias de los árboles poro andaua, et dannaua las miesses quando crescien e estauan en yerua ... Empós esto yua a los ganados e mataua en ellos quantos alcançaua, tan bien en las uacas e aun en los thoros commo en los ganados menudos, que pastor nin can non se osaua allá acostar pora amparárgelas. Et los toros otrossí fuyen dél, que se non osauan parar con las uacas commo es su costumbre quando osso o otra bestia del monte sale a ellas. Et esto mismo fazie en los omnes; e tanto era el danno que dél resçibien que se non tenien por seguros déll dentro en las çibdades muradas».

ANIMALES CON RASGOS HUMANOS
Y OTROS SERES EXTRAORDINARIOS

En el mundo mitológico antiguo eran frecuentes algunos seres como las esfinges, los centauros, las sirenas y otros semejantes, cuyo cuerpo tenía una parte de hombre o mujer y otra de algún animal. Ya en el apartado anterior, dedicado a las reminiscencias de la mitología en este terreno particular de la literatura medieval, nos hemos ocupado de algunos centauros como Neso o el Sagitario. Pero al margen de las historias mitológicas, también tenemos en nuestra literatura noticias de esta naturaleza.

Pero Tafur, en su conocido libro de *Andanzas y viajes*, escrito a mediados del siglo xv, refiere que en las tierras italianas de Spoleto, al regreso de su expedición, conoció una antigua leyenda, según la cual algunas mujeres, mientras lavaban sus ropas en el agua, eran arrebatadas por «un monstruo medio pescado de la cinta ayuso e de allí arriba forma humana con alas como morciélago»¹¹. El autor afirma que el misterio se había desvelado poco antes de su llegada a Italia, cuando el monstruo fue capturado y enviado a Venecia, para que pudiera ser examinado por el papa Eugenio IV.

Otra noticia similar a la anterior, pero bastante más sorprendente, porque no deja lugar a dudas en cuanto al origen humano de una criatura por demás repulsiva, es la que consigna, ya a principios del siglo xvi, el bachiller Andrés Bernáldez, conocido por el sobrenombre de «El Cura de los Palacios», en su *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*. En el año 1512, una monja alumbró en Rávena un ser deforme y repelente, con abundantes rasgos de carácter animal:

«Una criatura viva, la cabeza, rostro y orejas y boca y cabellos como de un león, y en la frente tenía un cuerno como hacia arriba, y en lugar de brazos tenía alas de cuero como los murciélagos, y en el pecho derecho tenía una señal de una Y griega, ansí Y; y en medio del pecho tenía la letra tal X, y en el pecho izquierdo tenía una media luna y dentro una V de esta echura, V. De lo que significaban estas letras y media luna diversas opiniones y juicios ovo entre las gentes. Tenía más debajo de los pechos dos bedijas de pelos; tenía más dos naturas, una de másculo y otra de fémica, y la de másculo era como de perro, y la de fémica era como de mujer, y la pierna derecha tenía como

11 *Andanças e Viajes de Pedro Tafur, por distintas partes del mundo avidos*, ed. de Marcos Jiménez de la Espada (Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1874) p. 194.

de hombre, y la izquierda tenía, tan lengua como la otra, toda cubierta como de escamas de pescado, y abajo por pie, tenía una echura como pie de rana o de sapo; el qual dicho monstruo nació en el mes de Marzo del dicho año 1512, como dicho es, y vivió tres días, y fue llevado al Papa, el qual lo vio y mandó dibujarle de la manera y forma que era, y tuviéronlo en gran maravilla»¹².

Por su parte el Arcipreste de Talavera, en su *Atalaya de las Crónicas*, cuando escribe sobre la venida de los godos a la península Ibérica, habla de unos extraños guerreros conocidos como «sátiros», de los que afirma, sin duda con exageración,

«que son ombres de pequenna estatura y crespillos. E naçienles cornellos en las cabeças y tenien los ojos tan chiquillos commo foradillos de alfilel: cosas feas son y espantables»¹³.

Algunas noticias tan curiosas como las ya referidas incluye Gutierre Díez de Games en otro libro de viajes, el que conocemos con el título de *El Victorial o Crónica de don Pero Niño, Conde de Buelna*. En su última parte, al relatar las andanzas de este noble personaje, cuenta que llegó con sus naves a las costas de Inglaterra, a la que califica de «tierra de las maravillas», pues, entre otras historias fantásticas, dice haber oído que

«abía en aquella tierra sierpes e muy fuertes dragones e muchas fieras animalias. E avn agora ay en Angliaterra vnas aves que llaman vacares, que nazen de los árboles» (LXXXIX, p. 280)¹⁴.

La primera de estas afirmaciones viene a coincidir con las noticias que, sobre la existencia de dragones y grandes serpientes, anota Geoffrey de Monmouth en su *Historia regum Britanniae*, mientras que la segunda entra de lleno en los terre-

12 *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, ed. de Cayetano Rosell, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III, BAE, LXX (Madrid, Atlas, 1953) pp. 567-773. El suceso que nos ocupa aparece relatado en el cap. CCXXVIII, pp. 747-48. Los signos escritos con los que nace esta criatura nos recuerdan los que aparecen al nacer en el cuerpo de Esplandián, el hijo secreto de Amadís y Oriana, tal como se cuenta en el *Amadís de Gaula*, cap. LXVI. La noticia de este nacimiento extraordinario encuentra también eco en Mateo Alemán, quien la refiere de forma abreviada en su *Guzmán de Alfarache*, 1ª Parte, Libro Primero, cap. I. Véase la ed. de esta obra a cargo de Benito Brancaforte (Madrid, Cátedra, 1979) tomo I, pp. 119-20.

13 *Atalaya de las Crónicas*, ed. parcial de Raúl A. del Piero, en *Dos escritores de la Baja Edad Media Castellana (Pedro de Veragüe y el Arcipreste de Talavera, Cronista Real)*, Anejo XXIII del BRAE (Madrid 1970) pp. 101-66. La descripción que reproducimos se encuentra en el cap. 2, p. 127.

14 *El Victorial o Crónica de don Pero Niño, Conde de Buelna*, ed. de Juan de Mata Carriazo (Madrid, Espasa-Calpe, 1940). La notación que acompaña a las citas remite, como de costumbre, al capítulo y página correspondientes.

nos de la fantasía desbordada, sobre todo cuando, a continuación, se refiere el proceso de la metamorfosis por la que atraviesan los frutos de tan extraño árbol:

«Quando es ya el tiempo que son de sazón, como las otras frutas, caen de los árboles, que están colgadas del pico. E al arrancar del árbol da vn grand grito. E el que a bentura de caer en el agua, nada luego e bibe. E los otros que caen en tierra e non pueden alcanzar a la mar, sécanse allí e mueren» (LXXXIX, p. 280).

Con toda oportunidad Díez de Games muestra inmediatamente su buen juicio, en los comentarios escépticos que estas afirmaciones le suscitan:

«E yo oya muchas bezes esta razón, e dubdaba en ella, cómo podría ser que vna natura se pudiese del todo conbertir en obra. Paresçíame ser cosa contra natura» (LXXXIX, p. 280) ¹⁵.

Los rasgos y la apariencia humana se dan también en un cierto pescado de aquellos mares, cuya descripción —fantástica por lo demás— escucha el autor de *El Victorial* de un compañero inglés, quien le informa sobre esta especie marítima llamada «pexe rey».

«que a todas figuras como hombre, e que es de ese estado, e que es quuberto de vnas escamas muy fuertes, todas fechas a façión de arnés de brazos, e de piernas, e de pies e manos ... Este pexe es fallado muy pocas bezes, e si lo matan alguna bez por yerro, dura tres años en la costa donde muere que non podían pescar pescado ninguno, grande ni pequeño. E avn todas las mares serán escasas de pescado en todo aquel tiempo» (LXXXIX, p. 281).

Los hechos fantásticos que se narran en este capítulo culminan un poco más adelante, al referir Díez de Games que en tiempos antiguos, cuando gobernaba Inglaterra un rey joven y valiente, al que llama Millor Perio, apareció en la costa un monstruo o serpiente marina que aterrorizó a los habitantes de aquellos parajes por su voracidad. La descripción que nos ofrece de este animal tiene algunos rasgos comunes a los que se dan en otros relatos semejantes:

«Abía el querpo fechura de pescado, e la boca e pico como águila, e piernas e vñas como león, e alas como abe. E llámanla 'Elba marina'. E tenía cueba en la tierra, çerca de la mar, e andaua quanto quería

¹⁵ Una noticia muy similar a ésta y coincidente, además, en cuanto a la tierra donde se produce tan inusual fenómeno, la encontramos en el llamado *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señoríos que son por el mundo*, escrito por un anónimo viajero, un fraile franciscano español de mediados del siglo xiv. Véase la ed. de Marcos Jiménez de la Espada (Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1877 (reproducción facsimilar, Barcelona, Edic. «El Albar», 1980) p. 20.

so el agua, e a oras ençima. E salía a la tierra, e mataua el ganado e honbres, quantos podía aber, e trayalos a comer a su cueba. Heran ya muy grandes montones de huesos alderredor de la cueba, de los honbres e del ganado que commía» (LXXXIX, p. 282).

El autor concluye este episodio dando cuenta de la muerte del monstruo a manos del arrojado rey de Inglaterra, que le ataca en su propia guarida, aunque él mismo muere entre las garras de la fiera, al tiempo que consigue atravesarle con su espada el corazón¹⁶.

El último pasaje literario de esta naturaleza sobre el que de momento queremos llamar la atención aparece en los capítulos finales de la más conocida novela caballeresca, el *Amadis de Gaula*. Mientras los héroes principales de la historia se encuentran felices en la Insula Firme, aparece deslizándose por las aguas del mar, precedida por unas grandes columnas de negro y espeso humo que denotan su presencia,

«vna serpiente mucho mayor que la mayor nao ni fusta del mundo, y traya tan grandes alas que tomauan más espacio que vna echadura de arco, y la cola enroscada hazia arriba, más alta que vna gran torre ... Y de rato en rato echaua por las narizes aquel muy negro fumo, que fasta el cielo subía y de que se cubría todo. Daba los roncós y silbos tan fuertes y tan espantables que no parecía sino que la mar se quería hundir. Echaua por la boca la gorgoçadas del agua tan rezió y tan lexos que ninguna naue, por grande que fuesse, a ella se podía llegar que no fuesse anegada»¹⁷.

Sin embargo, contrariamente a lo que ocurre en otros episodios de esta misma naturaleza, el enorme endriago marino que ahora visita la Insula Firme no tiene la condición terrible que conocemos en seres semejantes. Es el animal —o ingenio artificioso, pues esto no queda demasiado claro en las páginas de la obra— del que se sirve, como transporte marítimo, la

¹⁶ Este relato coincide, en líneas generales, con la noticia simplificada que encontramos en el libro de Geoffrey de Monmouth, referida a un rey que responde al nombre de Mórdido, notable tanto por su crueldad como por su bravura y osadía. El escritor inglés cuenta que, en medio de sus excesos y arrebatos, le ocurrió a este rey una desgracia que puso fin a su iniquidad: «Cierta monstruo, en efecto, de inaudita ferocidad había llegado del mar Hibernico y sembraba sin cesar el estrago entre los habitantes del litoral. Cuando la fama de la bestia llegó a oídos del rey, éste marchó a su encuentro y se enfrentó solo con ella. Pero todos sus dardos resultaron inútiles contra el monstruo, que acabó devorándolo como si se tratase de un pececillo» (*Historia de los reyes de Britania*, cit., pp. 47-48). Como vemos, varía aquí el nombre del rey con respecto a la relación de Díez de Games, y no hay tampoco ninguna indicación de que el temerario monarca acabara con la vía del monstruo marino.

¹⁷ *Amadis de Gaula*, ed. de Edwin B. Place (Madrid, CSIC, Instituto «Miguel de Cervantes», 1971) 4 vols. El episodio del que ahora tratamos se encuentra en el tomo IV, cap. CXXIII, p. 1220.

bondadosa hada Urganda la Desconocida, quien lo designa con el nombre de la Gran Serpiente. Urganda, que una vez más acude para ayudar y para aconsejar rectamente a Amadís, desembarca en un pequeño batel que surge del costado de la fantástica nave. Esta será después ofrecida como regalo especialísimo a Esplandián, el hijo de Amadís y de la princesa Oriana, en prueba del inmenso afecto que le profesa la benéfica y servicial Urganda. En el interior de esta nave será armado caballero el jovencísimo Esplandián, por lo que en adelante será conocido con el sobrenombre de «El Caballero de la Gran Serpiente»¹⁸.

LOS ANIMALES FANTÁSTICOS

COMO ELEMENTOS DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

La sociedad medieval, sobre todo en sus capas populares, incorporó a sus prácticas devotas y religiosas múltiples elementos, muchos de ellos carentes en principio de cualquier significación relacionada con la religiosidad. Esta tendencia resulta especialmente llamativa con animales variopintos, que aparecen como compañeros inseparables de algunos santos, que ayudan a los devotos cristianos en situaciones comprometidas, o que, por el contrario, muestran su ferocidad atacando a los hombres, que se salvarán de este peligro mediante alguna forma de intervención sobrenatural o milagrosa. Nuestra literatura española, sobre todo en los libros de «exempla» o narraciones cortas escritos durante la Edad Media, recoge bastantes de estas historias milagrosas, en las que los animales (casi siempre con rasgos más o menos fabulosos) desempeñan un papel importante.

El libro de los *Castigos e Documentos del Rey don Sancho* cuenta que los integrantes de la Sagrada Familia, en el trans-

¹⁸ La Gran Serpiente ya había aparecido por vez primera en la obra en el cap. LX, p. 511. Más adelante, cap. CXXVI, pp. 1234-38, cuando esta fabulosa nave es ofrecida como regalo a Esplandián, Urganda advierte que su hundimiento en el mar será la señal para que el caballero abandone sus aventuras marítimas y se instale de modo permanente en la tierra. Finalmente, en el último capítulo de la novela, Urganda aparece de nuevo en su nave, para que en su interior sean armados caballeros Esplandián y sus cuatro donceles. Luego la Gran Serpiente se aleja, acompañada por las acostumbradas señales de humo (cap. CXXXIII, p. 1339). Nótese además la semejanza entre estos pasajes en que se describe el supuesto monstruo marino que es el barco de Urganda, con el que Cervantes dedica en el *Persiles*, Libro Segundo, cap. XV, a hablar de otro monstruo parecido al que designa con el nombre de «náufrago», siguiendo la descripción que de este fantástico animal hizo el famoso arzobispo de Upsala, Olaus Magnus, en su *Historia de gentibus septentrionalibus*.

curso de su precipitado viaje a Egipto, han de refugiarse en una cueva donde moran unos dragones que profieren gritos espantosos. Pero el Niño Jesús, tan sólo con su presencia, amansa a estos dragones que caen en tierra ante El, le adoran y se marchan luego pacíficamente ¹⁹.

En el mismo libro leemos la historia de San Leonardo y de su penitencia, con la que redime su vida anterior de bandidero. Un santo ermitaño le ordena que se abraza, sin armas, con la primera criatura que encuentre, y ésta resultará ser una terrible serpiente que se enrosca sobre su cuerpo. Leonardo pasa la noche encerrado de esta forma en un pajar y es devorado por la serpiente. Pero, como señal milagrosa e inequívoca de su perdón, cuando a la mañana siguiente se abren las puertas del pajar, «non fallaron dél sinon los huesos tan albos como la nieve, e una lámpara e muchos cirios ardiendo» ²⁰.

Similar a éste es el episodio de la penitencia de don Rodrigo, el último rey goda, después de haber perdido su reino como castigo por el pecado de lujuria que había cometido con la Cava. La *Crónica Sarracina*, de Pedro del Corral, escrita en el siglo xv, cuenta que habiendo llegado el desventurado Rey a tierras de Portugal, un monje le impone como penitencia final (tras haber recibido una revelación en este sentido) que se introduzca completamente desnudo en una tumba, con una gran serpiente de dos cabezas, que comenzará mordiéndole por el corazón y por «la natura» hasta devorarlo por completo ²¹.

En cuanto a las fieras de naturaleza violenta que atemorizan a la población, en la *Primera Crónica General* (cap. 318, p. 190) leemos que el papa Silvestre, por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, pudo acabar con el gran dragón del templo de Vesta, «que mataua las gentes de Roma con su resollo».

A propósito de estos milagros en los que los santos derrotan a temibles animales que les atacan, el *Libro de las Claras e Virtuosas Mugerés*, de don Alvaro de Luna, nos habla de

¹⁹ *Castigos e Documentos del Rey don Sancho*, ed. de Pascual de Gayangos, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, BAE, LI (Madrid, Atlas, 1952) pp. 79-228. El milagro citado aparece en el cap. XXXI, p. 145.

²⁰ *Ibid.*, cap. LXXXVII, p. 224.

²¹ *Crónica Sarracina*, ed. fragmentaria de Ramón Menéndez Pidal, en *Floresta de Leyendas Heroicas Españolas*, I (Rodrigo, el último Godo) (Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1973) pp. 49-140. El episodio que comentamos se encuentra en los caps. 253 y 254, pp. 136-38 y pasó a ser poetizado en varios romances de la época. De este mismo suceso se hace eco Cervantes (*Quijote*, II, 33), quien pone en labios de la vieja doña Rodríguez las supuestas palabras del rey Rodrigo en esta penosa ocasión: «Ya me comen, ya me comen / por do más pecado había».

Santa Margarita, que antes de su martirio sufrió en la cárcel la embestida de un abominable dragón o serpiente que pretendía devorarla. Al hacer Margarita la señal de la cruz, la serpiente muere de forma instantánea, cercenada por la mitad de su cuerpo²². No menos sorprendente es el relato que encontramos en esta misma obra del milagro obrado por Santa Marta, quien logra amansar a un fiero dragón rociándolo con agua bendita, para que los hombres puedan matarlo a continuación sin ningún peligro²³.

Más notable resulta la leyenda de la que se hace eco Ruy González de Clavijo en su *Embajada a Tamorlán*, cuando recuerda su visita a la iglesia de Santa María en la ciudad de Constantinopla, capital por entonces del imperio bizantino. Refiere Clavijo que, según la tradición, existió en los primeros siglos, cerca de Constantinopla, un enorme dragón, al que cada año se le debía suministrar como alimento el cuerpo de un hombre o mujer determinado por sorteo. Correspondiendo un año la desgracia a una joven doncella, su padre (hombre bueno, aunque pagano) se acercó a contemplar el brazo de San Juan Bautista que se veneraba en aquella iglesia y, sin ser advertido de nadie, le cortó con los dientes el dedo pulgar de la mano, del que se serviría luego como talismán defensor de su hija frente al dragón, tal como se relata a continuación:

«E quando a su fija quisieron dar al dragón, qual abrió la boca para la comer, quel entonçes que le lançó el dedo de Sant Juan en la boca, e que reuentó luego el dragón; e que fue grand miraglo e que aquél que se conbertió a la fee de Ihesu Xristo»²⁴.

LOS ANIMALES FANTÁSTICOS COMO INSTRUMENTOS DEL DEMONIO

En este último apartado de nuestro análisis hablaremos de aquellos casos —numerosos, por cierto— en los que los animales fabulosos que menciona la literatura tienen algo que ver con los demonios, bien por ser representaciones suyas, al adoptar algún diablo su apariencia externa, o porque se originan con su concurso, mediante actividades de carácter mágico, o bien porque los espíritus del mal se posesionan de ellos, convirtién-

22 *Libro de las Claras e Virtuosas Mugerres*, ed. de Manuel Castillo (Valencia, Prometeo, 1917). El martirio de la virgen Margarita se narra en el cap. XIII, p. 225.

23 *Ibid.*, cap. XVI, p. 232.

24 *Embajada a Tamorlán*, ed. de Francisco López Estrada (Madrid, CSIC, Instituto «Nicolás Antonio», 1943) p. 39.

dolos inexorablemente en monstruos terribles por su maldad y potencia.

Un ejemplo de la primera de estas modalidades puede ser el de la tentación sufrida por la virgen Santa Oria, tal como nos la relata Berceo en su *Vida de Santo Domingo de Silos*. El demonio se presenta ante la doncella bajo la apariencia de una culebra que, en actitud marcadamente proteica, cambia por momentos su aspecto y fisonomía:

El mortal enemigo, pleno de travesura,
que suso en los cielos buscó mala ventura,
por espantar la dueña, que oviesse pavora,
faciéli malos gestos, mucha mala figura.

Prendié forma de sierpe el traidor provado,
poniéssese delante el pescueço alçado,
oras se facié chico, oras grand desguisado,
a las veces bien grueso, a las veces delgado²⁵.

La tentación cesará cuando la virgen Oria reciba la comunión de manos de Santo Domingo. Acerca de este episodio y en atención a los términos que se utilizan en su narración, comenta Deyermond que «recoge el auténtico relato de un sueño sexual», y añade que «la descripción de la serpiente está llevada a cabo en forma inconfundiblemente fálica»²⁶.

También el diablo tienta por tres veces consecutivas al rey don Rodrigo, cuando hace penitencia por sus pecados en tierras de Lusitania. Aunque en esta ocasión, según escribe Pedro del Corral, adopta distintas apariencias humanas, el demonio presenta al final ciertas connotaciones animalescas. En su tercera aparición ante el Rey, el mal espíritu se presenta bajo la figura seductora de la bellísima Cava, pero al ser derrotado por la firmeza de don Rodrigo, que hace la señal de la cruz como defensa ante la tentación,

«en aquella ora se dexó caer la falsa Cava por aquellas rocas ayuso contra la mar, que parecía que el mundo se venía abaxo; e del golpe que dio en el agua sobrepujó tanto la mar que allí do estava en el oratorio se mojó el Rey; e quedó atán espantado que por una ora non pudo tornar en su entendimiento...»²⁷,

²⁵ *Vida de Santo Domingo de Silos*, estrs. 327-28; ed. de Teresa Labarta de Chaves (Madrid, Castalia, 1972).

²⁶ «El hecho —concluye el crítico inglés— constituye un rasgo típico de la aceptación del concepto de la sexualidad humana por parte de mucha literatura religiosa de la Edad Media» (Aland D. Deyermond, *Historia de la Literatura Española*, tomo I, *La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 117).

²⁷ *Crónica Sarracina*, ed. cit., cap. 252, p. 130.

de donde podemos deducir que el cuerpo en el que se esconde el demonio tiene en realidad unas proporciones mucho mayores que las de una mujer, ya que tan fuertes efectos produce al precipitarse en el mar.

En cuanto a la aparición de animales feroces como resultado de ciertos procesos mágicos en los que se invoca a los diablos, tenemos una muestra bien clara en el *Poema de Fernán González*, cuando las tropas castellananas, en la noche anterior al comienzo de la batalla de Hacinas, se muestran atemorizadas por la visión extraña que contemplan en el cielo:

Vieron aquella noche una muy fiera cosa:
venía por el aire una sierpe rabiosa,
dando muy fuertes gritos la fantasma astrosa,
toda veníe sangrienta, bermeja como rosa.

Fazia ella senblante que ferida venía,
semejaba en los gritos que el cielo partía,
alunbrava las uestes el fuego que vertía,
todos ovieron miedo que quemar los quería.²⁸

El conde don Fernando tendrá que tranquilizar a sus soldados, diciéndoles que el animal que contemplan en la visión es obra de las artes mágicas y del diablo, pero que no debe infundirles ningún temor, pues Cristo triunfó ya sobre todos los poderes del infierno (estrofas 479-80)²⁹.

En este mismo capítulo de las visiones y por lo que hace referencia a los seres deformes y monstruosos que en ellas se muestran, tenemos que mencionar la llamada *Visión de Filiberto*, en cuyo desarrollo el monje de este nombre observa horrorizado cómo los crueles demonios —con todo el aspecto y constitución de animales espantosos y repulsivos— atormentan a un alma reprobada, interrumpiendo las tristes razones con que ésta lamenta su condenación eterna:

«Vinieron caher súbyta mente dos diablos muy espantosos negros más que pez et muy feos e de tan viles formas que quantos pintores son en el mundo non los poderian tan espantosos feugar, et lançauan frama de piedra xufre fediendo por la boca, et auian los dientes de tres órdenes et asy fieros e grandes commo açadones, et por las ventanas de las narizes non quedauan de caer busanos et otras cosas muy suzias, et salyr serpientes muy crueles ... commo alacranes que non quedauan de penar et de feryr al ánima, et los ojos dellos eran muy grandes, rreluzian asy que paresçian braçines quando están bermejós ... et tenían

²⁸ *Poema de Fernán González*, estrs. 468-69; ed. de Juan Victorio (Madrid, Cátedra, 1981).

²⁹ Este mismo episodio aparece prosificado en la *Primera Crónica General*, ed. cit., cap. 699, p. 402.

en las fuentes cuernos et por los cabos dellos non çesauan de manar venino podrido que daua muy gran fedor, et auían las orejas muy grandes e abiertas ... et trayan en las manos forcas de fierro con garauatos, et las vnñas que tenían en los pies eran semejantes a colmillos de puerco javaly saluo que eran muy más mayores, e trauaron en vn punto della con las vnñas e con las forcas, et en vn punto la lançaron çerca del ynfierno»³⁰.

Y caracteres similares a los de esta visión dantesca y tre-mebunda que acabamos de referir los encontramos en una obra de finales del siglo xv, la novela sentimental de Juan de Flores, conocida con el título de *Tratado de Grimalte y Gradisa*. Las páginas finales refieren una visión de Grimalte, en la que puede contemplar a la infeliz Fiometa (que se había suicidado al verse rechazada por su amado Pámphilo) completamente rodeada por terribles criaturas y bestias salvajes. Grimalte pretende entonces hablar con Fiometa, pero no lo consigue, debido a la confusión pavorosa que ocasionan los animales que la cortejan, de cuyas bocas y ojos salen enormes llamas de fuego que iluminan la oscuridad de la noche. Finalmente la joven Fiometa desaparece, arrastrada por un carro de caballos salvajes, en el que se ve sometida a grandes tormentos y a las penas infernales que merece por su suicidio³¹.

Por lo que se refiere a la última variante que indicábamos al principio de este apartado sobre las relaciones entre animales y espíritus diabólicos, a los casos en que aquéllos son dominados o poseídos por el demonio, la literatura medieval española consigna en sus páginas varios episodios de especial importancia, sobre los que nos detendremos con algunas consideraciones.

La primera de estas historias se encuentra en una larguísima obra de finales del siglo xiii, vertida al castellano a partir de originales franceses, *La gran Conquista de Ultramar*, que viene a ser una narración novelada de las Cruzadas y una de las primeras muestras, por lo tanto, de la novela histórica. Sobre el fondo histórico del prolongado relato se mezclan innumerables noticias que son producto de la fantasía, entre ellas la que ahora nos ocupa.

El Libro Segundo de la obra nos cuenta la historia de una expedición de cristianos recién liberados de la cautividad, que

30 *Visión de Filiberto*, ed. de J. M. Octavio de Toledo, en *Zeitschrift für Romanische Philologie*, II (Halle, Tübinga, 1878) pp. 50-60. El fragmento que reproducimos se encuentra en las pp. 57-58.

31 *Breve tractado de Grimalte y Gradissa*, ed. de Pamela Waley (Londres-Madrid, Tamesis Books Limited, 1971) p. 71.

viajan por Palestina en compañía del príncipe árabe Corvalán. Durante su viaje tropiezan con una sierpe monstruosa o dragón endemoniado, que vive en lo alto de un monte y que tiene atemorizada a toda la extensa comarca, hasta el punto de haber provocado el abandono de ésta por los habitantes y sus ganados. Esta sierpe habitaba en la montaña desde los tiempos del rey Herodes y había sido siempre de carácter pacífico, hasta la época en que Pedro el Ermitaño se encaminaba con su hueste a Tierra Santa, pues «entonces entró el dablo en ella por la voluntad de Dios» (II, 245, p. 308)³², mostrando a partir de aquel momento su fiereza, que el autor exagera hasta límites insospechados y absolutamente inverosímiles³³. El dragón devora a un cristiano llamado Arnolfo y a su cabalgadura, y a los gritos de aquél, su hermano, el caballero Balduino, solicita autorización para enfrentarse con el monstruo. Los clérigos presentes piden la ayuda de Dios en favor de Balduino y uno de ellos, el abad de Sandanís, le ofrece como defensa y protección para su empresa,

«una carta que era de gran virtud, en que estaban escriptos los sesenta e dos nombres de Dios, e díjole: 'Yo te do esta carta, que te será muy buena en tiempo de necesidad, e en cuanto la tovieres contigo non morirás mala muerte, si buena esperanza hobieres en Dios, ca es muy santa cosa'» (II, 245, p. 307).

La carta, con los sagrados nombres en ella escritos, le servirá a Balduino de talismán protector contra el diablo que mora en la fiera, debido a las virtudes poderosas que se le

32 *La gran Conquista de Ultramar*, ed. de Pascual de Gayangos, BAE, XLIV (Madrid, Atlas, 1951). La notación, en éste y en los demás casos relativos a la obra, remite al Libro, capítulo y página correspondientes. El episodio completo que ahora comentamos se encuentra en el Libro Segundo, caps. 242 al 251, pp. 305-11. A través del texto que en esta ocasión citamos, se advierte de modo muy claro que la maldad no procede del animal en sí —por monstruosas que sean sus dimensiones—, sino del demonio, que habita en él porque Dios lo ha permitido.

33 Poco antes afirma que el rezeyuelo del lugar había luchado ya contra la bestia por «cuatro veces con quince mil hombres de armas, e matáragelos ella todos, sino muy pocos que le quedaron» (II, 243, p. 305). A mayor abundamiento, la fiera resulta mucho más peligrosa porque, amén de sus colosales dimensiones (que se detallan en el cap. 242, p. 305), posee otra cualidad extraña, la de la intensa claridad que despedía, con lo cual ninguna criatura que se la acercase, aunque fuera en medio de la oscuridad, podía escapar a su vista: «Traía en la fruenta una piedra, que relumbraba tanto, que podría hombre ver de noche la su claridad a dos leguas e media, e non pasaba ninguno por aquel camino que della pudiese escapar a vida» (II, 242, p. 305). Una cualidad similar, aunque procedente en este caso de sus ojos, que brillan como brasas, se le atribuye también, como veremos, al terrible Endriago al que vence el Caballero de la Verde Espada (*Amadis de Gaula*, cap. LXXIII).

reconocían a este tipo de documentos llamados «nóminas»³⁴, que fueron muy apreciados por la piedad popular.

La sierpe se encuentra aletargada tras haber engullido a su presa, pero a las voces del caballero despierta por completo y se le aproxima amenazante:

«Levantóse recia, e extendiéndose con gran saña, mirólo tan fieramente que le tembló toda la carne e erizáronsele los cabellos e firió con el pie en la peña, de manera que salió della fuego. E cuando la vio Baldovín fuyera muy de grado, si pudiese, mas la sierpe salió de la peña, la garganta abierta, e dio salto en él, e fizo él luego el signo de la cruz e dijo así: que la conjuraba por Dios e por sus santos que no hobiese poder sobre él ... Después que Baldovín conjuró la sierpe, luego le echó un dardo; mas tanto había ella el cuero duro, que no le fizo ningún mal ... ca por el diablo que tenía en el cuerpo era muy fuerte e ligera, e con la gran saña que la firiera Baldovín, dio ella una voz tan grande, que tremió el monte e el aire todo a derredor del monte de diez leguas» (II, 245, p. 309).

Inmediatamente Balduino consigue introducir una espada por la boca de la serpiente, de forma que, clavada en su paladar, le impide atrapar nada con los dientes y entonces pronuncia el caballero en voz alta los nombres de Dios contenidos en la nómina sagrada:

«E después que los hobo dicho, mostró Nuestro Señor Jesucristo su virtud. E estonce le salió el diablo por la garganta, que no pudo hí más estar, e vióle Baldovín al diablo salir della en semejanza de cuerpo, e fincó la sierpe tan atordida, que apenas se podía tener en los pies, e mucho le menguó de la fuerza que había cuando el diablo estaba en ella, e menguóle por el espíritu maligno que estaba en ella que se fuera» (II, 247, p. 309).

Con todo, el monstruo tiene todavía fuerzas para herir gravemente a Balduino, sin que éste pueda ni siquiera hacerle un rasguño con su otra espada, que se dobla contra la coraza de la fiera. La salida del diablo que tiene poseído al terrible animal se describe aquí con abundancia de noticias accesorias:

«Después que el diablo salió de la sierpe, así como es dicho, levantóse un torbellino negro e espantoso e muy espeso, e descendió sobre la gente de Corvalán, e perdieron todos la fuerza e fueron desmayados a maravilla e cayeron en tierra despavoridos. E la escuridad fue tan grande que no se podían ver los unos a los otros, e paróse el torbellino sobre ellos a derredor, de manera que los quería alzar de la tierra. E fueran todos perdidos sino por el abad de Sandanís e el obispo de Fores, que entendieron luego que aquella obra era de espíritu maligno,

34 «Nómina», en efecto, significaba antiguamente y de modo genérico, «reliquia en que estaban escritos nombres de santos» (DRAE, acepción 4).

e fueron para ellos e hicieron el signo de la cruz, e llamando los altos nombres de Dios que ellos sabían, como aquellos que eran muy grandes clérigos. E el diablo partióse luego de allí e fuese para el río e no supieron más qué se fizó; e tiróse aquella tempestad, e levantáronse luego en pie los de Corvalán» (II, 248, pp. 309-10).

Balduino terminará de dar muerte a la bestia, ya muy debilitada por el abandono del demonio y por la pérdida copiosa de sangre, insertándole una gran espada por la garganta, que le resbala por el corazón y le atraviesa el hígado.

Las reacciones ante esta victoria, que todos tienen por milagrosa, son varias y contrapuestas. Mientras los moros de la hueste de Corvalán comprenden que se han librado de la sierpe monstruosa gracias a la protección del Dios de los cristianos, y, con su jefe al frente, algunos de ellos abrazan allí mismo la fe de Cristo, los cristianos penetran en la cueva del dragón donde encuentran grandes riquezas y hacen caso omiso de las advertencias de los clérigos, que les ordenan no tocar este tesoro, porque en él ha tenido parte el demonio que moraba dentro de la sierpe (II, 250 y 251, p. 311).

Semejante a este que hemos referido es el combate protagonizado por el esforzado caballero Amadís de Gaula, durante su viaje marítimo a Constantinopla. Amadís, que se hace llamar ahora el Caballero de la Verde Espada, ve cómo su barco es arrojado por el viento hasta la Insula del Diablo. Allí vive un ser monstruoso, el Endriago, que se engendró como fruto del abominable ayuntamiento carnal entre el gigante Bandaguido y su hija Bandaguida. Para gozar tranquilamente de sus incestuosos amores, entre el padre y la hija habían dado muerte a la madre. El gigante había sido advertido previamente por sus ídolos de «que si con su hija casase, sería engendrada una tal cosa en ella, la más brava y fuerte que en el mundo se podría hallar», pero no había tenido en cuenta tan grave advertencia. La descripción que se hace aquí del Endriago es comparable a las que encontramos en algunos relatos mitológicos, como el del puerco de Calidón, o a la que hemos visto sobre el dragón de *La gran Conquista de Ultramar*. Habiéndose unido Bandaguido con su hija,

«aquella noche malaenturada fue engendrada vna animalia por ordenança de los diablos en quien ella y su padre y marido creyan, de la forma que aquí oyréis. Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima hauía conchas sobrepuestas vnas sobre otras, tan fuertes que ninguna arma las podía passar, y las piernas y pies eran muy gruessos y rezios. Y encima de los hombros hauía alas tan grandes que fasta los pies le cubrían ... y debaxo dellas le salían braços muy fuertes assí como de león, todos cubiertos de conchas; y las manos hauía de fechura

de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrasse, que luego no fuesse desfecha. Dientes tenía dos en cada vna de las quixadas, tan fuertes y tan largos que de la boca vn codo le salían. Y los ojos grandes y redondos, muy bermejos como brasas, assí que de muy lueñe, syendo de noche, eran vistos y todas las gentes huyan dél. Saltaua y corría tan ligero que no hauía venado que por pies se le pudiesse escapar ... Toda su holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando hallaua leones y osos que algo se le resistían, tornaua muy sayudo y echaua por sus narizes vn humo tan espantable que semejaua llamas de fuego, y daua vnas bozes roncadas espantosas de oyr; assí que todas las cosas vivas huyan ante él como ante la muerte. Olía tan mal que no hauía cosa que no enponçoñase; era tan espantoso quando sacudia las conchas vnas con otras y fazía cruxir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra fazía estremecer» (LXXIII, pp. 794-95) ³⁵.

Sin embargo, en medio de todo este conjunto de horrores, falta todavía el más importante, el que inmediatamente le será referido a Amadís acerca de la posesión que el diablo mantiene sobre este monstruo:

«Y ahún más vos digo, que la fuerça grande del pecado del gigante y de su fija causó que en él entrasse el enemigo malo, que mucho en su fuerça y crudeça acrecienta» (LXXIII, p. 795).

Tan pronto como nació el Endriago, mató con su veneno a la primera mujer que se atrevió a darle de mamar; y al cabo de un año dio muerte a sus padres y a otras muchas gentes, de suerte que, por temor a él, la Insula del Diablo permanecía despoblada desde hacía más de cuarenta años, sin que nadie hubiera podido matar a la bestia, ya que esta empresa estaba reservada a nuestro caballero.

El enfrentamiento de Amadís con el monstruo reviste unos caracteres de lucha épica desigual, en la que el héroe solitario termina venciendo a su terrible contricante mediante el esfuerzo y el valor, y también por la virtud con la que se opone al poderío del demonio. Y en este aspecto es interesante recordar los momentos de incertidumbre por los que atraviesa el combate, pues las veleidades amorosas de Amadís (que recuerda a su mada Oriana cuando solamente debería pensar en Dios y en implorar su ayuda) hacen que se acreciente el poderío y la maldad del demonio o demonios que el Endriago lleva dentro

³⁵ *Amadís de Gaula*, ed. cit. El episodio del Endriago que aquí tratamos se halla en el Libro Tercero, cap. LXXIII, pp. 792-807. La notación de las citas remite a este capítulo con la página correspondiente.

de sí. Amadís, acompañado por su escudero Gandalín, llama a grandes voces a su enemigo, que surge de entre las peñas

«muy más brauo y fuerte que nunca lo fue, de lo qual fue causa que como los diablos viessen que este cauallero ponía más esperança en su amiga Oriana que en Dios, tuuieron lugar de entrar más fuertemente en él y le fazer más sañudo» (LXXIII, p. 800).

El texto se refiere a que Amadís, antes de iniciar la pelea, recomienda a Gandalín que lleve el recuerdo de su amor a Oriana si él muriera en la empresa, lo que parece chocar con la costumbre cristiana de recurrir a Dios o a la Virgen ante cualquier peligro. Y esto viene a ser una forma de pecado, aunque responda a un tipo de conducta muy frecuente en la poesía épica y en la novela caballeresca. El castigo de este pecado se pone de manifiesto al redoblarse la potencia de la posesión diabólica del Endriago, con lo que se hace más difícil y peligrosa la lucha para Amadís. Con todo, a pesar de sus debilidades de enamorado, nuestro caballero es un buen cristiano, que nunca olvida a Dios en lo más profundo de sí mismo. Y por ello encarga a Gandalín que, en tanto que él hace frente a la fiera, rece apartado al Señor para que le ayude y para que, con la muerte del Endriago, la Insula pueda ser habitada de nuevo por cristianos que honren a Dios.

La lucha entre Amadís y el Endriago pasa por lances dramáticos, pero finalmente el héroe consigue introducir su lanza por el ojo del abominable animal causándole la muerte. Como detalle de especial importancia, el autor no olvida consignar con puntualidad la huida del espíritu maligno del Endriago:

«Pero quiero que sepáis que antes que el alma le saliesse, salió por su boca el diablo, y fue por el ayre con muy gran tronido, assí que los que estauan en el castillo lo oyeron como si cabe ellos fuera» (LXXIII, p. 802),

por lo que se da en este episodio la coincidencia entre la muerte física del vestigio y la salida del diablo de su cuerpo.

El tercer caso de posesión diabólica de un animal de grandes proporciones es el que se cuenta en la *Vida de San Isidoro*, escrita a mediados del siglo xv por Alfonso Martínez de Toledo, más conocido por el nombre de su cargo eclesiástico de Arcipreste de Talavera. De regreso de Roma, donde ha participado en las sesiones de un concilio, se le informa al arzobispo Isidoro de la existencia de un horrible dragón, que tiene amedrentados a los habitantes de Córdoba y su comarca. El animal monstruoso es, de acuerdo con la leyenda, el recuerdo que ha dejado

allí Mahoma, sobre cuya supuesta estancia en las tierras de Andalucía y sus pretendidas relaciones con el demonio se extiende bastante el autor. Con ello demuestra Martínez de Toledo que también él participaba de la creencia difundida entre la cristiandad medieval, acerca de que los árabes mantenían frecuentes relaciones con los diablos. El relato incluye aquí una imaginaria conversación de Mahoma con el demonio, que resume curiosamente la doctrina cristiana sobre los poderes diabólicos. Cuando el Profeta le pregunta si tiene facultades para estorbar de algún modo los planes de Dios, el demonio responde de forma inequívoca: «Non es asy como piensas; mas Dios es Juez justo y consyente a Lucifer fazer algunas veces lo que quiere» (XVII, p. 101)³⁶. Es decir, se sienta el principio de que el poder de los espíritus infernales, del mismo modo que los poderes de los genios, hadas y magos —buenos o malos— que con tanta frecuencia se mencionan en la literatura medieval, está siempre sujeto al poder infinito de Dios y todas sus actividades no son sino manifestaciones de la providencia divina. Al final de toda esta discusión se dice que Mahoma, siguiendo los consejos del diablo, había huido de España con dirección a Africa.

En cuanto a San Isidoro, atendiendo a los ruegos de sus atemorizados diocesanos, decide enfrentarse al dragón, que Talavera describe con los rasgos acostumbrados:

«E llegando Sanct Isidoro a un lugar que es llamado Sancta Olalla, aparecióle una espantable serpiente muy fea, que lançaba por su boca tan grand llama e tan arreatada que fazia tan grand roydo como sy fuera arroyo que desçendía por algunos montes con grand sonido» (XVII, pp. 102-3).

La señal de la cruz, como siempre, es la mejor arma contra la fiera, que abate la cabeza con humildad para escuchar la orden del Santo:

«Yo te mando en el nombre del Señor Jesu Christo, fijo de Dios, que te vayas a tal lugar a do non puedas fazer a alguno mal'. E oyendo aquello la serpiente fuese luego dando muy grandes silvos e façiendo muy grand roydo, e nunca paresció más» (XVII, p. 103).

³⁶ *Vida de San Isidoro*, ed. conjunta con la *Vida de San Ildelfonso*, del P. José Madoz (Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1962). La notación se refiere al capítulo y página correspondientes. La historia del dragón que a nosotros nos interesa se encuentra al final del cap. XVII, pp. 102-3, cuya primera parte, pp. 99-101, habla de las supuestas relaciones entre Mahoma y el diablo a las que antes aludíamos, relaciones que, según la leyenda, se establecen en el curso del irreal viaje del Profeta por las tierras de Andalucía.

Falta en este caso, como podemos observar, la afirmación explícita de que el dragón estuviera poseído por el mal espíritu. Pero es algo que se deduce con facilidad del contexto general del suceso —con las turbias relaciones atribuidas a Mahoma— y de los signos y conjuros genuinamente religiosos que San Isidoro utiliza para dominar a la fiera.

Al último período del siglo xv (si bien procede de la tradición anterior) pertenece una curiosa muestra de la llamada literatura aljamiado-morisca, esto es, la escrita en romance castellano, pero con caracteres árabes. Se trata de un conjunto de narraciones de contenido épico-tradicional, sobre sucesos ocurridos en tierras de Arabia por la época del profeta Mahoma, que se agrupan bajo el título de *El Libro de las Batallas*. En las últimas páginas de la obra se encuentra el relato que más nos interesa, «El Alcázar de Oro y la historia de la culebra»³⁷, donde se habla de Mahoma y de sus familiares, que en este caso no tienen ninguna relación de amistad con los demonios (como sucedía en el libro del Arcipreste de Talavera al que acabamos de referirnos), sino que, por el contrario, son quienes se enfrentan al poderío infernal. En nuestra historia el Profeta recibe noticias de un castillo encantado (el Alcázar de Oro), todo él construido de este precioso metal, en cuyo interior vive un animal monstruoso, una enorme culebra —o dragón, según lo que más adelante se aclara— que arruina las cosechas y amenaza la vida de los hombres y de los ganados. El yerno de Mahoma, Alí (el héroe árabe por antonomasia), será el encargado de luchar contra la bestia poderosa, que describe uno de los testigos al llegar junto al Alcázar:

«Vimos figura de una sierpe muy grande que sacaba la cabeza por la puerta del Alcázar, abierta la boca que parecía una cueva. Y salían de su boca columnas de humo grandes, que quemaban lo que había alrededor de verdura. Y oímos el ruido como de trueno fuerte y se nos descubrió una sierpe muy grande, que venía una vez sobre su vientre y otra sobre sus espaldas» (p. 331)³⁸.

Cuando Alí entra solo en el Alcázar, sus guerreros vieron salir de su interior grandes llamas de fuego que les llenan de pavor. Pero al regresar el héroe, explica que las llamas no pro-

37 *El Libro de las Batallas*, ed. de Alvaro Galmés de Fuentes (Madrid, Gredos, Colección de Literatura Española Aljamiado-Morisca, 1975). El relato que ahora nos ocupa, cuyo título exacto es «El-Alhadiz del 'Alkázar del Oro' y la estoria de la Kulebra kon 'Al' Ibnu Talib», se encuentra en las pp. 328-34.

38 En esta cita de *El Libro de las Batallas* hemos optado por la modernización ortográfica, por lo complicado de la grafía que se requiere para la transcripción exacta del original aljamiado.

ceden propiamente de la gran serpiente, sino de un genio malféfico o demonio que habita en ella y de sus numerosos compañeros que tienen tomada la fortaleza. El dragón saldrá del castillo destrozando los árboles que encuentra a su paso, lanzando fuego por los ojos y expulsando un humo espeso por su boca y nariz, con lo que produce la muerte instantánea a todos los caballos presentes menos al del Profeta.

Después de pelear Alí durante largo espacio de tiempo con la muchedumbre de malos espíritus que habitan el castillo, su suegro le ordena que no se preocupe de estos genios y demonios y se prepare para matar al fiero dragón, que alberga al capitán de todos ellos. Alí consiguió darle muerte tras un tremendo combate, en el que se sirve de la espada sagrada del Profeta y cuenta con la ayuda del ángel mensajero Jibril, el equivalente al San Gabriel cristiano en la religiosidad árabe.



Como hemos podido comprobar a través del repaso anterior, la literatura medieval española recoge llamativos testimonios sobre la actuación de animales más o menos inverosímiles, que intervienen en diferentes episodios.

Las noticias sobre este tipo de animales están relacionadas en gran medida con el mundo mitológico, cuyas historias y personajes más importantes tuvieron una amplia repercusión en toda la Edad Media europea, y no sólo en el plano literario, sino en el campo mucho más amplio del arte en general.

Pero hay además otras referencias a estos animales fabulosos en obras que nada tienen que ver con la mitología, lo que prueba que todo ese abigarrado universo que se muestra en los bestiarios medievales y que tuvo un desarrollo espectacular en la literatura céltica, encontró también unos cauces de manifestación —ciertamente más reducidos— en el ámbito de las letras españolas.

Sin embargo, por encima de los puntos anteriores de referencia, destaca en este aspecto la importancia de los condicionantes religiosos, de forma que la mayor parte de las noticias sobre animales monstruosos e inverosímiles que encontramos en nuestra literatura están relacionadas siempre, de modo directo o indirecto, con el mundo de la religiosidad. La piedad popular se veía fácilmente alentada por esos ejemplos de milagros en los que los héroes cristianos triunfan sobre terribles animales, porque éstos se amansan con docilidad, vencidos tan sólo por la virtud, o porque resultan derrotados ante el arrojo

y valentía de los caballeros, quienes siempre cuentan en tales trances con el auxilio divino.

Y, en último término, tampoco podemos olvidar el significado simbólico que se desprende de estas luchas desiguales, en las que el caballero, cual un nuevo David, acaba venciendo al gigante Goliat, representado en cada caso por el monstruo al que se enfrenta, aunque en su interior se esconda el mismo diablo. Estos ejemplos vendrían a mostrar de un modo claramente comprensible, cómo también el cristiano, solicitando la ayuda de Dios mediante el sacrificio y la oración, puede superar todas las dificultades y obstáculos que el demonio le pone en el camino de su vida y progreso espiritual.

